

SINE QVA NON

Monografías de Historia Medieval, 7



Víctor M. Fernández Martínez

**El reino cristiano de Etiopía
(siglos IV-XVIII)**



SINE QVA NON

Monografías de Historia Medieval, 7

Dirección de la serie: Carlos de Ayala Martínez

© *El reino cristiano de Etiopía (siglos IV-XVIII)*

Víctor M. Fernández Martínez

Esta edición es propiedad de EDICIONES DE LA ERGASTULA y no se puede copiar, fotocopiar, reproducir, traducir o convertir a cualquier medio impreso, electrónico o legible por máquina, enteramente o en parte, sin su previo consentimiento. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Todos los derechos reservados.

© de los textos: Víctor M. Fernández Martínez

© de las ilustraciones: Víctor M. Fernández Martínez (salvo mención expresa)

Ediciones de La Ergástula ha realizado todos los esfuerzos posibles para conocer a los propietarios de todas las imágenes que aquí aparecen y por obtener los permisos de reproducción necesarios. Si se ha producido alguna omisión inadvertidamente, el propietario de los derechos o su representante legal puede dirigirse a Ediciones de La Ergástula (info@laergastula.com).

© Ediciones de La Ergástula, S.L.

Calle de Béjar 13, local 8

28028 – Madrid

www.laergastula.com

Diseño y maquetación: Ediciones de La Ergástula

Imagen de portada: Iglesia de Bete Maryam (Lalibela) (Alamy con licencia)

I.S.B.N.: 978-84-16242-95-5

Depósito Legal: M-30853-2022

Impreso en España – *Printed in Spain.*

ÍNDICE

I. INTRODUCCIÓN	9
I.1. El país y sus gentes	9
I.2. Los estudios etíopes	18
I.3. Plan del libro.....	22
II. LA RELIGIÓN ORTODOXA ETÍOPE	25
II.1. El problema de Cristo	25
II.2. Origen y desarrollo del cristianismo etíope	28
II.3. Cristianismo y judaísmo	37
II.4. Los rituales y el Islam	39
III. LOS DATOS HISTÓRICOS	43
III.1. La Etiopía pre-cristiana: Prehistoria y periodo pre-aksumita	43
III.2. La civilización aksumita (siglos I-VII).....	47
III.3. La Edad Oscura y la dinastía Zagwe (siglos VIII-XIII)	54
III.4. Los inicios de la dinastía salomónica (siglos XIII-XVI).....	56
III.5. Los contactos con Europa, la guerra del imán Ahmad y las invasiones oromo (siglos XV-XVI).....	62
III.6. La época gondarina (siglos XVII-XVIII)	68

IV. LA ARQUITECTURA.....	73
IV.1. Las iglesias antiguas.....	74
IV.1.1. Aspectos generales	74
IV.1.2. Las iglesias construidas	78
IV.1.3. Las iglesias rupestres	88
IV.1.4. Las iglesias rupestres de Lalibela.....	99
IV.2. La arquitectura civil.....	117
V. EL ARTE	125
V.1. La pintura	125
V.2. El trabajo en metal	144
CONCLUSIONES.....	153
BIBLIOGRAFÍA.....	157
GLOSARIO	169

I. INTRODUCCIÓN

I.1. EL PAÍS Y SUS GENTES

Etiopía es un país único porque en muchos aspectos no se parece a ningún otro. Forma parte del continente africano pero su relieve montañoso y su clima más suave son diferentes de los de su entorno e incluso de la mayoría del resto de países africanos. La religión predominante es la cristiana, cuando está prácticamente rodeado por estados de religión islámica. Incluso en un continente de enorme diversidad étnica y lingüística, sorprende que dentro de sus fronteras actuales se hayan registrado oficialmente más de 80 lenguas (lo que significa casi siempre etnias) diferentes. Lo mismo ocurre con las creencias, aunque esto no sea tan raro en África, pues están representadas todas las monoteístas (incluida hasta hace poco una variante del judaísmo) además de las declinantes, pero aún presentes, ancestrales religiones del sur que hunden sus raíces en tiempos remotos¹.

Etiopía también es única por su significación política. A diferencia de los demás países subsaharianos, cuenta con una organización estatal más o menos centralizada desde hace casi tres milenios, que todavía hoy funciona con una eficacia y escasa corrupción que sorprende a los visitantes. Es el segundo país cristiano más antiguo del mundo, detrás solo de Armenia. Durante el final de la Edad Media fue famoso en toda Europa como el legendario

1 Dos introducciones clásicas de Etiopía son Pankhurst, 1955 y Levine, 2000; para la cultura cristiana, Ullendorff, 1960, Buxton, 1970, Anfray, 1990, Pankhurst, 1998 y Levine, 2014; una guía de viaje informada y actualizada es Briggs, 2018.

reino cristiano del “Preste Juan”². Si la experiencia misional jesuita del siglo XVII hubiera acabado con éxito, Etiopía se habría incorporado al orbe católico mediterráneo en un momento tan temprano que la historia completa del continente habría sido muy distinta. Todo ello ayudó a que el país, en el momento del reparto colonial de África entre las naciones europeas a finales del siglo XIX, no entrara en ningún lote y se mantuviera independiente hasta que la brutalidad del fascismo italiano pudo con él cinco décadas después, pero solo por unos pocos años. Por ello no es de extrañar que, en un continente degradado hasta lo indecible por culpa de la esclavitud perpetrada por los europeos, la terrible colonización y la sempiterna pobreza, Etiopía aparezca como un faro que ilumina el orgullo de todos los africanos. También se entiende que algunas corrientes de liberación de los afrodescendientes americanos vieran al emperador Haile Selassie como una figura religiosa, dando origen al movimiento Rastafari (por el nombre que el emperador tenía antes de ser coronado en 1930, Ras Teferi, gobernador o duque Teferi). En un ámbito menor, todavía hace poco el cantante Paul Simon escogió el dibujo de un “santo ecuestre”, típico en muchas iglesias etíopes, para la portada del disco que dio impulso a la música moderna africana en Occidente, “Graceland” (1986).

Geográficamente, Etiopía está definida por su posición justo en medio de la Gran Falla o Valle del Rift africano, que corta el continente desde Sudáfrica y sigue por el Mar Rojo hasta terminar en los pequeños lagos de Palestina. Este larguísimo valle, realmente una grieta que acabará un día separando África en dos, forma grandes lagos y mares allí donde es más profundo (Malawi, Victoria, Turkana, los lagos etíopes, el propio Mar Rojo, etc.) y por ella se escaparon hacia fuera los magmas interiores del planeta en forma de grandes volcanes. Una zona especial con muchas erupciones fue Etiopía, creándose así sus dos grandes macizos montañosos, el occidental de mayor tamaño (el que más nos interesa porque es

2 Ramos, 2006.

I. INTRODUCCIÓN

donde se desarrolló el reino cristiano) y el oriental más pequeño (casi siempre ocupado por musulmanes)³.

Con una altura media entre 2.000 y 4.000 metros, estos dos altiplanos hacen la vida en ellos más fácil que en su entorno porque la altitud reduce las grandes temperaturas que lógicamente tendría por su cercanía al Ecuador, y disminuye o incluso anula las dos grandes pandemias africanas, responsables en gran medida de su miseria: la malaria (paludismo) y la enfermedad del sueño (tripanosomiasis o de la mosca tse-tse). Decía Jean-Christophe Rufin, autor de una conocida novela histórica sobre Etiopía, *El abisinio*, que el clima de Etiopía no podía ser bueno porque es la conjunción de dos extremos, la temperatura y la altura, pero el autor de este libro, que ha viajado bastantes veces al país, casi siempre a sus zonas altas, certifica que esos dos excesos se equilibran y en su mayor parte el país goza de sus famosos 13 meses (del calendario local) de casi eterna primavera.

Otra ventaja de esos altiplanos es la abundancia de lluvias, traídas durante el verano (que allí es más el invierno, la estación de *keremt*) por los vientos monzones. Éstos vienen del sur y llegan mucho más del Atlántico que del Índico, lo que convierte a las zonas altas del sur y oeste del país en las más verdes y a las contrarias en las más áridas. Esta diferencia explica en parte los movimientos históricos continuos de las poblaciones orientales (somalíes, Afar, parte de los Oromo), pronto mayoritariamente musulmanes, hacia el oeste donde los cristianos vivieron durante siglos en un entorno natural más rico y protegido por las montañas. A su vez, las zonas altas del norte, región actual de Tigray y nación de Eritrea, son las más secas del Altiplano y donde se producen periódicas hambrunas y sequías, que asimismo explican en parte que sean zonas también conflictivas.

Las fuertes lluvias han erosionado las montañas desde hace millones de años, formando ríos que descienden hacia los lagos en el centro y sur, el océano al este y el desierto del Sahara al oeste, aportando en esta última dirección la mayor parte de la beneficiosa agua del río Nilo (por el Nilo Azul, Tekeze y Mareb), gracias a la que

3 Uhlig y otros, 2017: cap. II; Gozábez y Cebrián, 2007.

pueden vivir las poblaciones ribereñas de Sudán y Egipto (Fig. 1). La construcción actual de una enorme presa en el Nilo Azul (“Presa del Renacimiento”), poco antes de la frontera sudanesa, que retendrá una gran parte del agua en Etiopía con fines hidroeléctricos, está causando problemas por la lógica oposición de los gobiernos de esos dos países. Un efecto mucho menos beneficioso de tanta agua es que todo el Altiplano está surcado por profundos valles cortados por las corrientes, lo que dificulta mucho la comunicación entre pueblos y gentes, con el consiguiente aislamiento y perjuicio económico. La mayor garganta es la del Nilo Azul, llamado *Abbai* en Etiopía, que va encajonado profundamente desde su salida del lago Tana hasta casi la frontera sudanesa, y que formó a menudo la frontera entre el reino cristiano y los grupos del sur (reino de Damot, etnia Oromo)⁴.

A climas distintos corresponden cultivos diferentes, y así en las zonas más bajas del norte se puede cultivar trigo, pero según subimos de altura hacia el sur entrando en la gran región amhara el cereal predominante es el teff, exclusivo de Etiopía, resistente al frío y de grano muy fino, pero con gran poder alimenticio y con el que se producen las famosas tortas de harina fermentada (*injera*) sobre las que coloca el resto de la comida y que hacen a la vez de pan y de plato⁵. La arqueología ha mostrado, mediante el hallazgo de las placas redondas de arcilla donde se cuece la *injera*, que su uso viene de siglos atrás, y hoy los etiopes no entienden la comida si no es con esa torta. También en las zonas altas se cultiva una planta, *nug*, que produce el poco aceite consumido. En la gran zona boscosa del sur, habitada sobre todo por los Oromo, el principal cultivo es el falso plátano o *ensete*, del cual no se comen los frutos sino tallos y raíces procesados. Su poder calórico y el clima húmedo de la zona hacen que prácticamente nunca se hayan producido hambrunas en esta zona de Etiopía. También en el sur se cultiva abundante café, originario probablemente de aquí y que, tras haber sido rechazado por la cultura cristiana durante siglos (debido a su identificación con los musulmanes), hoy se ha impuesto como la bebida fundamental del país.

4 Cheesman, 1936; Snailham, 2005.

5 Pankhurst, 1968.

I. INTRODUCCIÓN

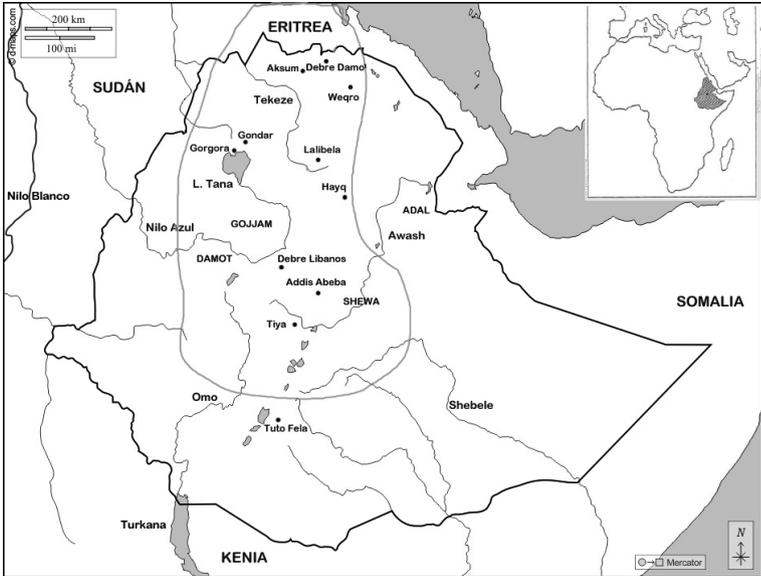


Figura 1. Mapa de la Etiopía actual con indicación de ríos, lagos y los principales sitios mencionados en el libro. El área indicada al norte corresponde aproximadamente a la máxima extensión histórica del reino cristiano. Ver en la figura 15 un mapa más detallado de la región de Tigray.

La ganadería de bóvidos y ovicápridos también es importante como complemento, pero hoy solo es fundamental en las zonas más bajas y áridas donde la agricultura es más difícil. Los Oromos fueron históricamente pastores de grandes rebaños, antes y durante la época de sus invasiones hacia el norte a comienzos de la Edad Moderna, si bien al asentarse en las regiones más altas y verdes se hicieron sobre todo cultivadores.

Casi todas las lenguas de Etiopía pertenecen al gran tronco afroasiático, antes llamado hamito-semítico (Fig. 2)⁶. Tres ramas del tronco se hablan en Etiopía: semítica, cuchítica y omótica. La primera, a la que pertenece también el importante idioma árabe,

6 Bender y otros, 1976; Uhlig y otros, 2017, cap. III.

es la que se habló en el reino cristiano y está compuesta por los idiomas tigrino (6% de los habitantes de Etiopía, en la región de Tigray, y la mitad de la población de Eritrea) y amhárico (27% del país, región de Amhara, hoy idioma oficial de toda Etiopía), además de otros pequeños lenguajes como el harari (en la ciudad de Harar) y el gurage, este último hablado por casi dos millones de personas de esa etnia al sur de Addis Abeba, muy activa y conocida en todo el país. En la rama cuchítica destaca el oromo, idioma más hablado hoy con el 34% del total y localizado desde el Nilo Azul hasta el sur del país, el somalí (6%, región del Ogadén lindando con Somalia), además del Afar y Sidamo, en dos regiones autónomas con ese nombre al noreste y centro-sur del país, y otros aún más pequeños. Por último, la rama omótica (del río Omo al sur de Etiopía) es la más extraña de todas. Hablada solo por unos seis millones repartidos al sur y oeste, parece una separación muy antigua del tronco afroasiático (las palabras relacionadas con la ganadería son diferentes a los demás idiomas del tronco, lo que sugiere que se apartó de ellos antes del Neolítico). Algunos piensan incluso que constituye un tronco en sí mismo, mientras otros creen que podría ser un remanente de las lenguas afroasiáticas más antiguas, lo que implicaría que todas ellas hubieran tenido su origen en Etiopía o alguna otra zona cercana en el Cuerno de África.

Hablaremos de los omóticos cuando veamos que formaron algunos pequeños reinos que se opusieron al cristiano en la Edad Media, igual que también mencionaremos al último grupo que nos queda por ver de las lenguas etíopes, las que hablan poblaciones que viven junto a la frontera de Sudán (Kunama, Gumuz, Berta, Anwak, etc.) y que, como sus vecinos del sur de ese país vecino y otros en Kenia y Uganda, pertenecen a otro gran tronco lingüístico africano, el nilo-sahariano. Su mención se hará porque esas pequeñas tribus de las zonas más bajas, calurosas e insalubres, fueron asaltadas periódicamente para capturar esclavos (*shanjila*, *baria*), tanto por cristianos del este como musulmanes del oeste, y ya desde la antigüedad.

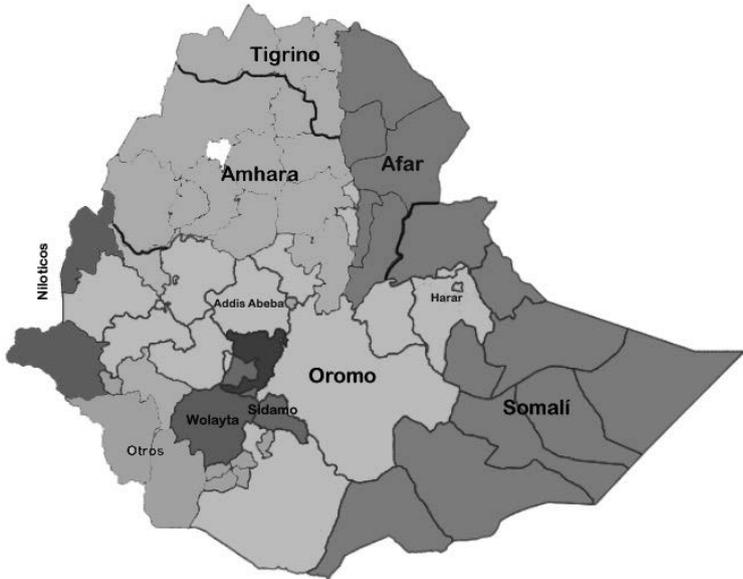


Figura 2. Mapa de las regiones y las lenguas de Etiopía: lenguas semíticas (Tigrino y Amhara), cuchíticas (Oromo, Afar, Somali y Sidamo), omóticas (Wolayta y pequeños grupos en la zona de “otros”) y nilo-saharianas al oeste (Berta y Gumuz en la zona norte, Nuer y Anwak en la zona sur). Las zonas de lenguas Afar y Somali se corresponden con las áreas bajas y áridas fuera del Altiplano.

Una lengua muy importante históricamente, aunque hoy ya no se emplee en la vida diaria, es el ge'ez o etiópico clásico o antiguo, emparentado hasta en un 70% con las también lenguas semitas del norte (tigrino, tigré en Eritrea), que en sus comienzos parece haber sido un idioma más bien cortesano con el que se escribieron textos epigráficos reales, y que presenta un fuerte sustrato cuchítico, lo que sugiere un origen local más que sud-arábigo como se pensaba hace pocos años⁷. A lo largo de la Edad Media el ge'ez fue sustituido por el tigrino y el amhárico, pero permaneció en los textos oficiales, literarios y religiosos, y todavía hoy es el empleado

⁷ Uhlig, 1990; Weninger en Uhlig y Bausi, 2003-2014, II: 732-735.

en los ritos ortodoxos (salvo en la predicación), como ocurrió con el latín entre nosotros, a pesar de que la mayoría de los fieles ya no lo comprenden.

Esa gran variedad dentro del mismo país se explica porque a lo largo de la historia el reino cristiano, que surge en el siglo IV en la parte norte del macizo occidental, con el paso del tiempo se fue extendiendo hacia el sur y el este incorporando a muchos otros grupos, hasta alcanzar su máxima superficie a comienzos del siglo XX en la nación actual de Etiopía (Eritrea era entonces una colonia italiana), bajo el reinado de Menilek II⁸. El dominio de los cristianos, miembros al principio de solo dos etnias, tigrinos y amharas, sobre los demás no se realizó sin violencia y por eso el país sufre todavía hoy frecuentes conflictos entre grupos, provocados también por la presión demográfica y escasez de recursos.

Este libro va a tratar solamente de la parte cristiana de esa larga historia, que desarrolló una cultura muy rica, sobre todo artística y arquitectónica. Ello supone dejar fuera la cultura islámica, muy importante históricamente y todavía hoy en la parte oriental y meridional del país, y las tradiciones locales que fueron importantes en el sur durante mucho tiempo. A pesar de la recurrente confrontación histórica entre ambas creencias, Etiopía es hoy un modelo de convivencia de cristianos y musulmanes (aunque cuando esto se escribe, mayo de 2022, se han producido algunos preocupantes conflictos en el interior de algunas comunidades multi-religiosas), los primeros con mayoría demográfica relativa (43% frente a 33%), aunque no existen censos recientes o más creíbles. Significativamente, la ruptura de la convivencia que lamentamos también al escribir este libro (2021-2022), la guerra civil que desgarró el norte de Etiopía desde hace dos años, no proviene de conflictos religiosos sino étnicos y de poder: la vieja rivalidad entre tigrinos y amharas (ambos cristianos en su gran mayoría), con la intromisión de los Oromos (mitad cristianos, mitad musulmanes), por el control del país.

8 Donham y James, 2002.

I. INTRODUCCIÓN

Sobre el nombre escogido para el reino que tratamos aquí, la denominación de “Etiopía” (del griego “caras quemadas”, aludiendo al color de la piel) fue usada por los griegos clásicos para designar a todos los pueblos africanos al sur del Sahara, aunque progresivamente fue indicando de forma específica al Estado que ocupaba el río Nilo al sur de Egipto, lo que hoy conocemos como Nubia en el norte de Sudán. En el reino etíope de Aksum parecen haberlo usado de la misma manera, pero también algunas veces para denominarse ellos mismos, aunque pronto prefirieron un término más local, tal vez procedente del sur de Arabia (la antigua Saba), *Habesha*, que podría describir una región con muchos pueblos diferentes, y que en Europa fue traducido por Abisinia. Para indicar que la Abisinia cristiana se había sobrepasado a sí misma e incorporado otras regiones y religiones en el mismo Estado, en el siglo XX se prefirió volver al antiguo nombre de Etiopía. En este libro se ha optado también por usar el nombre más conocido, aunque nos reframamos casi únicamente a su parte cristiana e incluyamos también la parte del antiguo reino que hoy se localiza dentro de Eritrea, nación separada de Etiopía en 1993.

Una particularidad de la Etiopía cristiana es su calendario, que sigue el modelo del año alejandrino, a su vez copiado del antiguo egipcio que tenía 12 meses de 30 días y un mes pequeño de cinco o seis días. El comienzo del año es el 11 ó 12 de septiembre de nuestro calendario y por diferencias de cálculo el número del año es siete años y pico más corto que el nuestro gregoriano, de forma que para los etíopes nuestro año 2022 es el 2015 o 2014 (según el momento del año), lo que puede causar alguna confusión en los visitantes.

Toda la variedad reseñada se puede apreciar en algunos de los pocos museos que existen en el país. Los más importantes están en la capital, empezando por el Museo de Addis Abeba cerca de la gran plaza de la Cruz (Mesqel) y por el Museo Nacional que hace un recorrido por la historia nacional. Más interesante es, con todo, el Museo Etnológico que ocupa un antiguo palacio del emperador Haile Selassie, sede también del Instituto de Estudios

Etiopes y dentro del campus de la universidad. En su planta baja presenta una buena colección de objetos culturales (ordenados por las diferentes actividades, una presentación museográfica en la que colaboró el Museo de Artes y Costumbres Populares de Sevilla), en la planta primera la impresionante colección de iconos religiosos del Instituto de Estudios Etiopes, recogidos de multitud de iglesias y monasterios, y en la última una amplia colección de instrumentos musicales con sus audiciones respectivas. En los últimos años se han abierto otros pequeños museos en diferentes regiones (entre ellos el arqueológico-etnográfico de Benishangul-Gumuz en Assosa, con un proyecto de cooperación de la Universidad Complutense dirigido por el autor) (González y Fernández, 2007), que es de esperar se vayan ampliando paulatinamente para presentar toda su riqueza.

I.2. LOS ESTUDIOS ETÍOPES

Si bien el reino de Aksum, cuna del Estado etíope, era bien conocido durante la Antigüedad, al comenzar su época “oscura” en el siglo VII, el aislamiento que sufrió, sobre todo por estar muy pronto rodeado de reinos islámicos, llevó a que su imagen casi se desvaneciera en Occidente durante siglos. Es famosa la frase del historiador inglés del siglo XVIII, Edward Gibbon, que dijo que los etíopes habían dormido durante mil años, olvidando al resto del mundo, que a su vez los había olvidado a ellos. Aunque lógicamente exagerada, porque Etiopía sí mantuvo relaciones con entidades religiosas y políticas de su entorno, tanto cristianas como musulmanas, la frase sí que vale para Europa donde los estudios etíopes no comenzaron, y ello de forma muy gradual, hasta el Renacimiento.

Cuando se publique este libro, seguirán contándose apenas con los dedos de una mano las obras generales sobre Etiopía escritas en castellano, debidas a autores actuales como Juan González Núñez, Francisco Javier Gozálbz o Mario Lozano Alonso, o sobre arte antiguo por la española asentada en Londres, María-

José Friedlander⁹, que continúan mucho después algunas obras menores, pero pioneras, de Victor Abargues de Sostén en el siglo XIX, con un informe de viaje bastante defectuoso, o con mejor calidad y enfoque político del momento, Eduardo Ortega y Gasset a comienzos del XX¹⁰.

La “etiopianística” se ha desarrollado poco en nuestro país, a pesar de haber habido españoles entre sus primeros antecedentes. No solo fueron los contactos con Etiopía del rey de Aragón, Alfonso V el Magnánimo, en la primera mitad del siglo XV, de los primeros que se produjeron entre Europa y aquel reino (entonces llamado del “Preste Juan” según indicaba la famosa leyenda medieval), sino que fue también un español, el jesuita Pedro Páez Xaramillo (1564-1622)¹¹, el autor de la primera historia general del país en 1621, aunque su manuscrito no se publicó íntegramente hasta comienzos del siglo XX, en la edición que hizo el jesuita Camilo Beccari de los escritos de los misioneros de la orden¹². Con todo, Etiopía estaba en la ruta reservada para los portugueses hacia Oriente rodeando África, y fueron viajeros y misioneros del país vecino quienes al principio estudiaron más el tema: el capellán Francisco Alvares a mediados del siglo XVI, que acompañó a la primera expedición portuguesa y escribió un detallado recuento del viaje, y luego la lista de jesuitas portugueses que siguieron las huellas de Páez (quien también escribía en portugués, con el nombre de Pero Pais): Manoel de Almeida, Emmanuel de Barradas, Afonso Mendes, Jeronimo Lobo y Baltasar Telles¹³. Todos ellos redactaron precisos informes sobre Etiopía hacia mediados del siglo XVII, que todavía hoy nos admiran por su exactitud, siendo algunos muy pronto traducidos a otras lenguas europeas.

9 González Nuñez, 2019; Gozábez y Cebrián, 2007; Lozano Alonso, 2017, 2019, 2022; Friedlander, 2007; Friedlander y Friedlander, 2019.

10 Ortega y Gasset, 1935

11 Reverte, 2001; Martínez d'Alòs-Moner, 2015; Lozano, 2019; Fernández, 2019; Soto, 2020.

12 Páez en Beccari, 1915 y 1916: II-III; Páez, 2014.

13 Beckinham y Huntingford, 1961; Beccari, 1903-1917.

Aunque en el ámbito católico se usaron algunas de las informaciones portuguesas, entre otros por el famoso polígrafo jesuita Athanasius Kircher, el origen de los estudios etíopes modernos se sitúa en la Europa protestante, con la obra fundamental del alemán Hiob Ludolf (1624-1704) que, aunque no visitó Etiopía, estudió los informes anteriores y además contactó con un monje ortodoxo venido a Europa, Gorgoryos, que le enseñó lo suficiente para publicar una historia general y gramáticas y diccionarios de las lenguas del país. Su nombre le fue dado a uno de los principales centros de estudios etíopes actuales, de la universidad de Hamburgo, responsable de la monumental *Encyclopaedia Aethiopica*¹⁴.

Durante el siglo XIX la figura dominante en los estudios etíopes fue de nuevo un alemán, August Dillman, y entre ese siglo y el siguiente, ya ligados con la actividad colonial (primero en Eritrea y más tarde en Etiopía, por parte de Italia), destacaron los italianos Carlo Conti Rossini, Ignazio Guidi y Enrico Cerulli, los franceses René Basset y Jules Perruchon, el alemán Enno Littmann, el portugués Esteves Pereira o el inglés Ernest Budge. Más adelante destacaron los también ingleses Charles Beakingham, Edward Ullendorf, David Buxton y Richard Pankhurst, los franceses François Azaïs y Francis Anfray, y los etíopes Taddesse Tamrat, Merid Wolde Aregay, Getatchew Haile o Sergew Haile Selassie. El último emperador de Etiopía, Haile Selassie, fundó un instituto de arqueología ya en 1926 y después de la II Guerra Mundial, el Instituto de Estudios Etíopes y la universidad que llevó su nombre, dirigida al principio por jesuitas canadienses, y que hoy es la Universidad de Addis Abeba. En la actualidad el elenco de investigadores es muy grande, con un cierto predominio de italianos (Fiaccadori, Bausi, Lusini) y franceses (Lepage, Mercier), y se han incorporado lógicamente bastantes centros norteamericanos (Levine, Crumme, Marcus); de forma periódica se celebran congresos internacionales de estudios etíopes y de estudios del arte etíope. En la enciclopedia antes citada participaron varios cientos de especialistas procedentes de más de treinta países. Por otra parte, varios centros participaron

14 Uhlig y Bausi, 2003-2014.

desde 1971 en un gran proyecto de microfilmación y digitalización de cerca de 5.000 manuscritos y códices antiguos (accesibles en internet en *Hill Monastic Manuscript Library*), la mayoría todavía hoy guardados en numerosas iglesias repartidas por todo el centro y norte del país, en condiciones de conservación precarias en general.

Las fuentes de la historia etíope son todo lo complicadas que cabe esperar de una región donde la escritura estuvo muy limitada a textos religiosos y en mucha menor medida a documentos administrativos. Las hagiografías o vidas de los numerosos santos locales (*qadl*), sobre todo si se escribieron durante su existencia o poco después, son una buena fuente porque relatan acontecimientos históricos además de los puramente religiosos, muchos de ellos claramente míticos¹⁵. También lo son los textos que narran hechos de un determinado rey o las numerosas actas de concesiones de tierras por el rey o las élites (*gwelt*), casi siempre a monasterios o iglesias, que a menudo se incorporaban como notas marginales a algún códice bíblico o se guardaban en archivos religiosos o privados. Cuando se conservan, para algunos reyes tenemos crónicas oficiales de su reinado que, aunque lógicamente pueden contener exageraciones que los favorezcan, son fuentes útiles para el historiador¹⁶. Para saber la cronología, es curioso que el calendario más utilizado antiguamente comenzaba el “año de los mártires” o “Era de Diocleciano”, es decir, el año 284 d.C. cuando empezó el reinado del último emperador romano que persiguió duramente a los cristianos.

La información exterior también importa, pues el reino etíope se menciona en el mundo mediterráneo desde época griega y romana, y luego sobre todo bizantina, y más adelante en numerosos escritos árabes. La cuasi constante relación con el patriarcado copto de Alejandría proporcionó numerosa documentación escrita sobre lo acontecido en Etiopía, en forma de crónicas y cartas que se pueden fechar por la simple mención del patriarca copto de cada momento. La arqueología también aporta una interesante información, que

15 Budge, 1906, 1928.

16 p.ej. Perruchon, 1894-1898.

además no suele correr el peligro de haber sido tergiversada como pudo ocurrir con la escrita. Como veremos en el capítulo IV, las iglesias que se conservan desde antiguo, como la primera de las conservadas, la de Debre Damo construida en el siglo VI, suministran una secuencia muy interesante, sobre todo las numerosas excavadas en la roca, ya que muchas de las construidas exentas, al estar hechas de mampostería sin mortero, no han sobrevivido o si lo han hecho han tenido que someterse a numerosas reparaciones que pudieron cambiar su modelo original.

I.3. PLAN DEL LIBRO

Nos falta por dar un par de precisiones sobre el alcance y plan de este libro. En primer lugar, la cronología abarcada. El comienzo en el siglo IV es algo claro que no requiere explicación, pues fue el momento en que la Etiopía de entonces, es decir, el norte del país actual, o al menos sus clases dirigentes, se convirtieron al cristianismo. El momento final está menos claro. Al comienzo de la segunda mitad del siglo XVIII la unidad difícilmente conseguida por la dinastía gondarina se rompió y empezó un período de reinos rivales durante el cual se produjo un retroceso en los ámbitos político, económico o artístico que rompe con la época anterior y hace de los años que van hasta mediados del XIX un tema mucho menos interesante y conocido que el anterior. Al final de ese período llamado de “los Jueces” comienzan los intentos de volver a la unidad nacional y se empieza a fraguar la Etiopía moderna, a través de enfrentamientos locales y también con los poderes coloniales europeos. Etiopía todavía sigue siendo un Estado mayoritariamente cristiano, pero ya tiene poco que ver con los largos siglos, medievales y gondarinos, tan misteriosos como aún poco conocidos. De ahí que se haya decidido terminar el libro más o menos cuando se disgrega el Estado durante el siglo XVIII. En esos 14 siglos de historia se suele distinguir un período más antiguo, que muchos llaman “medieval” por comparación con Europa, aunque esto no sea del todo correcto, y que llega hasta

I. INTRODUCCIÓN

mediados del siglo XVI, cuando se dieron las cruentas guerras con los musulmanes. Del XVI al XVIII transcurrió el período clásico del reino, la época gondarina de estabilidad, marcada al comienzo por la llegada de las primeras influencias europeas y luego por un mayor aislamiento. Esos dos siglos suelen estudiarse separados de lo medieval, pero en este libro de introducción al país hemos pensado más adecuado, por los muchos elementos que existen de continuidad, estudiarlos en conjunto con lo anterior.

Tras este primer capítulo de introducción viene un capítulo, relativamente denso, de introducción a la religión ortodoxa etíope. Tal extensión parece necesaria por cuanto las manifestaciones artísticas están firmemente entroncadas con el fenómeno religioso, y la originalidad del cristianismo etíope merece una atención especial. Seguidamente tendremos un capítulo dedicado a resumir los hitos principales de la historia etíope, que constituyen el contexto en que se inscriben los dos siguientes. El cuarto, el más largo del libro, está dedicado a la arquitectura. Su originalidad lo merece, así como su conservadurismo, sus extraordinarias y famosas iglesias excavadas en la roca, y la pervivencia de tantos aspectos tradicionales hasta nuestros tiempos ultra-modernos. Tras la arquitectura se dedica otro capítulo al arte visual, en especial la pintura y algo menos a los metales, es decir, las conocidas e increíbles cruces que los etíopes fundieron durante siglos para hacer honor a la forma de los maderos donde Jesús fue martirizado. Finalmente, un capítulo de conclusiones intentará presentar una imagen de hasta qué punto esa larga historia sigue todavía viva hoy día.

Como en cualquier obra sobre Etiopía, es necesario aclarar el problema de la transcripción de los nombres locales, que puede ser serio por cuanto una misma palabra se transcribe de formas tan diferentes que incluso pueden impedir su identificación, lo que supone casi una pesadilla para los investigadores extranjeros. El equipo internacional de la *Encyclopaedia Aethiopica* adoptó un sistema universal de base lingüística, que es cada vez más obligatorio para los trabajos de investigación y que utiliza un gran número de caracteres especiales (diacríticos) que resultan muy trabajosos

de emplear y luego de imprimir. En este libro, pensado para un público general, se emplearán los términos simplificados usados con mayor frecuencia en los textos internacionales y adaptados a los sonidos en castellano; por ejemplo, el habitual sonido ä que se suele representar con esa diéresis, se ha cambiado por el sonido “e” que es el más parecido en nuestra fonética, salvo en casos de uso ya muy común, como las ciudades de Gondär o Harär, que se han transcrito Gondar y Harar; asimismo, la región de Tegray se ha escrito Tigray, el emperador Hayle Selasse como Haile Selassie, etc.

Finalmente, vaya aquí mi profundo agradecimiento a las personas que han hecho posible este libro. Comienzo por los arqueólogos y técnicos miembros del proyecto arqueológico, financiado por el Ministerio de Cultura y la AECID, con los que trabajé durante dos decenios en Etiopía, primero en Benishangul y luego en la región de Gondar: Alfredo González-Ruibal, Alfonso Fraguas, Ignacio de la Torre, Luis Luque, Álvaro Falquina, Gigar Tesfay, Jorge de Torres, Carlos Cañete, Andreu Martínez d’Alòs-Moner, Eduardo M. Agúndez, Jaime Almansa, Cristina Charro, María Luisa García, Dawit Tibebe, Gashaw Belay, Gianluca Catanzariti, Christian Dietz, Víctor del Arco, Jorge A. Durán, Federico Wulf y Jaime del Rey. Continúo con quienes me animaron a escribirlo, María-Luisa Ruiz-Gálvez y la editorial La Ergástula, quien lo leyó con ojos sabios y críticos, Mario Lozano Alonso, para concluir con quien ha apoyado y mejorado este y todos mis proyectos y escritos desde hace mucho tiempo, mi esposa la historiadora y antropóloga Carmen Ortiz García.